

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

ACTORES COMICOS
JOSÉ ESCRUIU



En los Bufos-Arderius
don José mostró valer,
más que todos los Escruis
habidos y por haber.

Cit. de Bravo, Pesengaño 14 y Madera 8, Madrid.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Religión é inmoralidad, por Eduardo Bustillo.—El último mono, por José Jackson Veyan.—En secreto, por Eduardo de Palacio.—Picaduras, por Sinesio Delgado.—Epigramas, por Liborio Porset.—Presento á ustedes..., por Luis Bonafoux.—Histórico, por Juan Ubago.—El soplo del ángel, por Juan Río de Zapa.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: José Escriu.—El premio gordo.—El cante, por Cilla.



El temporal de estos días ha ocasionado desgracias en algunos puntos de la costa. Aquí, felizmente, no ha habido más siniestros que el del gran Hotel Inglés, donde, por vía de inauguración, han comido doscientos cincuenta caballeros, en clase de industriales, periódistas, amigos de la casa y aficionados al alimento gratis.

El dueño del nuevo hotel ha venido á resultar una especie de naufrago propiciatorio, víctima de una galerna de convidados, capaces de echar á pique un navío de tres puentes.

Por lo demás, el establecimiento es superior, la cocina excelente y los vinos de primera calidad.

Al final de la comida ¡ay de mí se pronunciaron discursos, pero no ha habido que lamentar poesías personales, y eso que el comedor estaba lleno de poetas, algunos de los cuales traían en el bolsillo sus correspondientes odas, dedicadas á la industria en sus relaciones con el puré de cangrejos.

A nuestro lado se sentaba un caballero que tiene un periódico semanal órgano de los mozos de café desacomodados, y el hombre no hacía más que preguntar si le dirían algo por guardarse en el bolsillo un poco de salmón, á fin de que lo probara la parienta.

—Si no la llevo algún recuerdo, se va á resentir—nos decía.

—Llévela V. una flor del ramo.

—¿Pero, son naturales esas flores?

—Ya se ve que sí.

—¡Caramba! Yo creía que eran de dulce.

Cuando sirvieron las ostras, nuestro hombre comenzó á hacer fuerzas con el cuchillo para romper las conchas.

—¿Qué hace V.?—le preguntamos.

—Ver si puedo trinchar esto.

—¿Cómo? ¿Quiere V. comerse la concha?

—Anda, anda. Pues si es lo más rico. El año pasado nos regalaron una docena y nos las comimos con cáscara y todo. ¡Si viera V. cómo le gustaban á los niños!

* * *

La nueva fonda tiene caloríferos de un sistema nuevo.

—Vean VV.—decía un dependiente.—Por medio del vapor se calientan las habitaciones.

—¡Parece mentiral—murmuraba nuestro periodista.

—La caldera está abajo; y se lleva el vapor donde uno quiere.

El periodista tomó en su cartera los siguientes apuntes:

«Para calentar las habitaciones hay unos anafores llenos de vapor; además de esto, los dependientes de la fonda cogen el vapor y lo llevan á las habitaciones para calentarlas á gusto de los huéspedes.»

* * *

Otra inauguración notable.

La galería de figuras de cera ha abierto sus puertas, y el público acude lleno de curiosidad.

Hay personas que tienen muchísima afición á este género de espectáculos, porque es lo que ellas dicen:

—Por lo menos, tiene uno la seguridad de que estos personajes no hablan. Y siempre es una ventaja.

—¿Le gustan á V. las figuras de cera más que los cómicos?

—Más que algunos, sí señor. Hay cómico que cuando se pone á declamar, parece que se enjuaga la boca con redondillas.

Nosotros no podemos ver con serenidad las figuras de cera. Aun sabiendo que son personas artificiales hechas en casa, su presencia nos produce lástima, porque con aquel color amarillento y aquella mirada sin brillo, parecen seres infortunados con dolor de estómago.

El público de las figuras de cera se emociona y hace frecuentes preguntas al dueño de la colección.

—Diga V., ¿esa mujer despechugada es alguna reina antigua?

—No, señorita: es la heroína de Saragosa.

—Pues mire V.; se parece mucho á un cuñado mío que está ahora empleado en Sigüenza. Puede que le conozca usted; á él le llaman Redaño; pero es Bandullo por parte de padre.

—¿Ha hecho V. todas estas figuras?—pregunta otra espectadora.

—Sí, señorita.

—¿Las hará V. con molde?

—Naturalmente—añade la niña.—Tendrán moldes como los que se usan para hacer los flanes y la carne de membrillo.

—Lo difícil para V. será hacer los gestos de las fisonomías. Por ejemplo: le habrá costado á V. mucho trabajo hacer á D.^a Juana la Loca.

—No, mamá; eso debe ser fácil. Primero se hace la figura y después se la vuelve loca. ¿Verdad V.?

—¡Si viera V. qué manos tiene ésta! En cuanto ve una cosa, llega á casa y la imita al momento. Estoy segura de que si le viera á V. trabajar, en un santiamén sacaba las figuras ella sola. Diga V., ¿hay que hacerlas con cera precisamente? ¿No serviría lo mismo el sebo bien derretido?

Algunos espectadores salen muy descontentos, porque ellos querían que las figuras se moviesen y dijeran relaciones en verso.

—Vámonos, Juan—dice uno malhumorado.

—¡Hombrel! ¿Por qué?

—Porque esto es engaña-tontos y saca-dinero. Ni tan siquiera hablan. Esas no son figuras de cera, son diputados de la mayoría.

* * *

Otra comida en puerta.

La de los socios del Círculo Artístico-Literario.

Para tranquilizar á los alarmistas, les diremos que no habrá brindis, y por consiguiente, las digestiones se harán sin dificultad.

Hay por ahí muchos sujetos que padecen gastralgias y dispepsias, producidas por el abuso de los brindis. Para que el mal no se extienda, convendría que el Gobierno dictase disposiciones, prohibiendo los discursos al final de las comidas.

Bastaría con la publicación del siguiente decreto:

«Los oradores de banquete que fueran sorprendidos infraganti delito, pagarán una multa de 500 á 2.000 pesetas, según la extensión de su discurso. Si reincidiesen, se les condenará á la lectura diaria de la Biblia de Carulla.»

A ver si así escarmentaban esos oradores-martillos que machacan á la humanidad inocente.

LUIS TABOADA.

RELIGIÓN É INMORALIDAD

Con hábitos de plebeya,
con pergaminos de ilustre,
es familia que en el pueblo
pide amor y miedo infunde.

Con su apellido, hace el jefe
que le teman y le busquen,
los que entronizan caciques
y consienten servidumbres.

No hay ambición que no apoye,
ni pillo que no le adule,

ni virtud que no persiga,
ni vicio en que no comulgue.

Pero en punto á lo católico,
fué siempre un primer apunte,
y en el culto externo, el pueblo
toda gloria le atribuye.

Padre ejemplar de sus hijos,
con la Santa Madre cumple,
y doce Pascuas floridas
hace de Noviembre á Octubre.

Almohadón compró ante el ara
que el sacristán limpia y muelle,
y, porque brillen los santos,
les presta en cera sus luces.

Tiene altar que todo es ascuas,
santa que toda es perfumes,
relicarios todos oro
y conciencia toda mugre.

Reza y peca; en punto á vírgenes,
no hay miedo de que le turbe,
como sus hijas las vistan,
que los hijos las desnuden.

Pendón es entre cofrades
y bandera entre gandules,
preboste de fariseos
y maestro de tahures.

Su esposa, que es entre tontos
un dechado de virtudes,
da en lavar sus pecadillos
con agua falsa de *Lurdes*.

De viciosos y haraganes
son providencia los lunes,

y todo el año usureros
del pobre que más lo sude;
y así, haciendo entre rosarios
de logrerros los ajustes,
son judíos por las cuentas,
y cristianos por las cruces.

Con éstas, siempre á sus hijos
frente, boca y pecho cubren,
sin que de sus pensamientos
palabras y obras se curen;
y con tal de que á Dios recen
y su santo nombre escuchen,
no importa que contra el prójimo
por el diablo se pronuncien.

A misa y que se emborrachen,
á la novena y que injurien,
al rosario y que deshonren,
al sermón y que calumnien.

Y así tiene esta familia,
de sangre en gotas azules,
lo religioso por cálculo
y lo inmoral por costumbre.

EDUARDO BUSTILLO.

EL ÚLTIMO MONO

De justiciero blasono
y de hacer justicia trato.
¿Quién es el que paga el pato?
El pobre: el último mono.

Lo declaro sin temor
por más que á alguno le pese.
El que menos cobra, ese
tiene la carga mayor.

¿Quién pelea denodado
y sin lauro en la batalla,
lucha, y sufre, y vence, y calla?...
El infeliz... el soldado...

Los prodigios de valor
siempre en la sombra los hallo.
Los jefes, van á caballo...
¿Se les ve mucho mejor!

Triste será lo que digo;
pero así en el mundo pasa.
Gana más el que lo amasa
que el pobre que siembra el trigo.

¿Querer fortuna alcanzar
trabajando?... Eso no cuaja.
Menos gana el que trabaja
que el que manda trabajar.

La cosa es bien peregrina.
¿Quién se afana diligente
y sin tregua? El escribiente,
el mártir de la oficina.

¿Quién orondo y recostado
sobre el mullido sillón
se duerme como un lirón?
¿El jefe del negociado!
Sigo la eléctrica pista.
¿Quién hace el servicio ingrato?
El mártir del aparato,
el pobre telegrafista.

¡Ay, si una palabra trunca!
latigazo, y punto en boca.
¿El jefe no se equivoca,
porque no trasmite nunca!

¿Quién los insultos á coro
aguanta y los naranjazos?
El que á fuerza de porrazos
logra desbravar al toro.

¿Quién la vida sin temor
fía á cuidados ajenos?
Es claro. El que gana menos,
el infeliz picador.

Como el olmo no da peras,
pedirlas es avaricia.
¿Qué espíritu de justicia
reina en todas las esferas!

Trabajar es un edén
y yo trabajando estoy,
porque, por desgracia, soy
último mono también.

JOSÉ JACKSON VEYAN.

EN SECRETO

La adoraba como la tórtola macho á la tórtola hembra.
Sin más aspiraciones que la de los tortolillos.
Aquel amor fué un idilio completo.
Pasaba algunas horas del día pensando en ella.
Las restantes se me escapaban durmiendo y soñando con ella.

Soñando con ella, nada más, pero durmiendo conmigo mismo.
El alpiste para el canario no es necesidad tan apremiante como era para mí su presencia.

Aquellos ojos eran dos rasgones en mi corazón.
Ella era un ángel.

Su madre era otro ángel plegado; arrugado, quise decir.
El padre era otro ángel oscuro, recortado en papel de estraza.

¡Qué familia!
¡Cómo nos amábanos!
¡Qué días y qué noches pasamos juntos, bien en un café con tostada, bien disfrutando una hora de literatura y cante en algún templo del arte por secciones!

Otras veces jugábamos; los juegos de prendas nos divertían.
¡Qué inocencia en los juegos!
¡Qué sentencias aquellas que imponíamos al que pagaba prendas por su torpeza en repetir las palabras que constituían el juego!

—Si era yo el reo, me imponían penas como la siguiente:
—Que bese á todos.
¡Con cuán tierna gratitud oía yo mi sentencia!

¡Con cuánta fruición besaba á mi suegra... civil ó moral, y á su esposo, y á la niña!

Particularmente á... mi suegro. (¿A que esperaban VV. que dijera «á la niña?»)

En noches lluviosas y frías jugábamos á la lotería antigua.
El padre sacaba las bolas y cantaba los números, con muchísima gracia.

Chistes de la época de Godoy, pero ¡qué intencionados!

—Los anteojos de Mahoma. (El 88.)

—Las dos capuchinitas. (El 44.)

—La niña bonita. (El 15.)

Disfrutábamos cuanto era posible en aquellos momentos.

Mi suegro había sido siempre muy gracioso, al decir de mi suegra.

—¿Cómo dirá V. que se me declaró? —me preguntaba mi mamá seglar, casi todas las semanas tres ó cuatro veces.

Yo respondía siempre, haciéndome de nuevas:

—¡No sé!

—Pues imitando el ladrido de un perro, y agarrándome un pellizco en un brazo pasando á mi lado en la calle Mayor.
«¡Guau guau!» no se me olvida.

—Es difícil, porque como hay perros todavía en el mundo, y como es un acontecimiento notable para VV...

Pues vivíamos así como queda apuntado.

Yo pasaba, según queda también apuntado, la mayor parte del día en la casa de mi novia.

Pero un suceso inesperado me asesinó, aunque temporalmente.

Cierta día, aprovechando un momento que nuestros papás nos dejaron solos en el gabinete donde se efectuaban las recepciones, tomé entre mis manos una mano de mi amada, y aproximé mi rostro al suyo.

Un aroma extraño llegó á mi olfato.

—¡Cielos! —exclamé.

—¿Qué? —preguntó ella alarmada.

Solté su mano al mismo tiempo y me puse en dos pies.

Es decir: me levanté.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella imitándome.

Vamos, levantándose.

—Nada, nada...

Intenté aproximar mi nariz á su boca, y ella retrocedió...

Supuse que por repugnancia, por si yo calculaba mal la distancia.

Pero ella se vendió, dejándose caer (sentada) en una butaca con tres costillas rotas, y exclamó:

—Estoy perdida.

—¡Infame! ¡infame! —repetí —¡tabaco! sí... algún hombre ha besado tu boca.. ¡Ahl ¡desleal! ¡ingratal...

Y sin más explicaciones salí de casa.

Los padres se asomaron á la escalera, y me gritaban:

—¡Fulano! ¡Fulano!

Digo, no decían «Fulano,» me llamaban por mi nombre.

Yo no respondí, y abandoné la casa y huí de la calle.

A la siguiente mañana recibí una carta de la madre, en la cual me decía:

«Tranquílcese V.; la niña fuma... Era un secreto virginal, que yo no quería vender.»

EDUARDO DE PALACIO.

PICADURAS

Era el jardín de mi cuento
la nata de los jardines,
rosas, claveles, jazmines;
frutas... En fin, un portento.

Gozando en belleza tal
que la vida recreaba,
todo el mundo le llamaba
paraíso terrenal.

Y á fe con mucha razón.
Lo más delicioso de él
era un trozo de verjel
escondido en un rincón.

Dos manzanos, un rosal,
muchas flores, mucha hiedra,
un tosco banco de piedra
y un romero colosal.

Aquel sitio encantador
era siempre el preferido,
porque aquel banco escondido
era el banco del amor.

Pero tenía su pero;
las abejas acudían

y el dulce néctar bebían
en las flores del romero.

Y como allí las parejas

se daban amantes citas

y hacia las caras bonitas

sienten odio las abejas,

recibían sin cesar

picaduras horribosas

las más lindas y graciosas

jovencitas del lugar.

—

Era Luisa una morena

en extremo interesante:

muy guapa, muy elegante

y sobre todo, muy buena.

Corridos de sus desdenes

los pretendientes huían,

y no se la conocían

coqueteos ni belenes.

Apesar de tal despego

yo á jurar no me propaso,

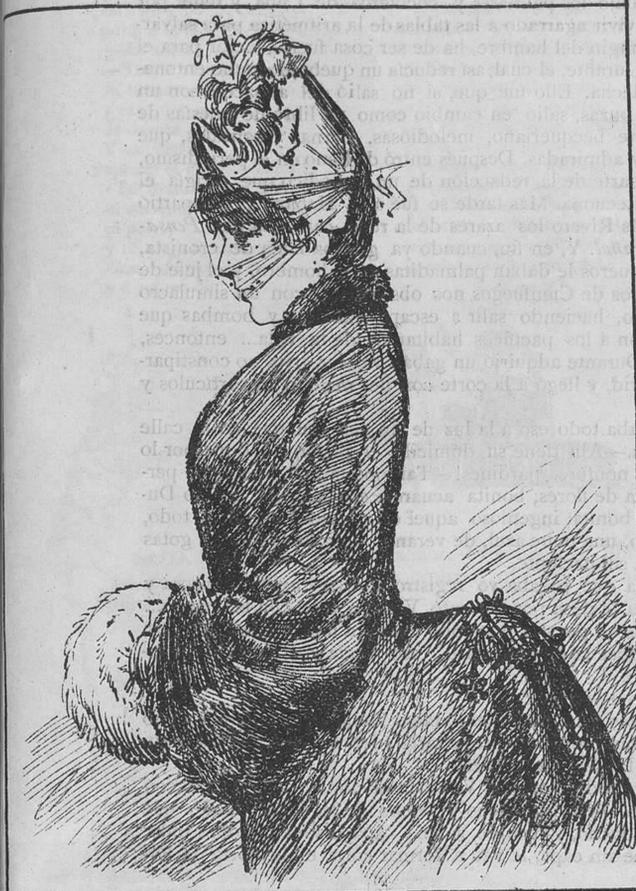
EL PREMIO GORDO



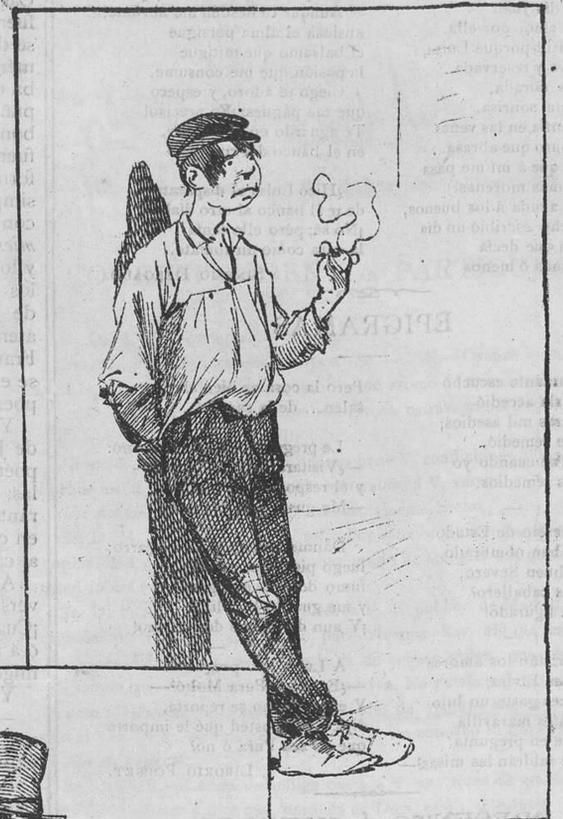
—Si me cae el gordo, lo primero que hago es dar una comida al jefe... ¡a ver si le soborno y me ascienden á diez mil reales!



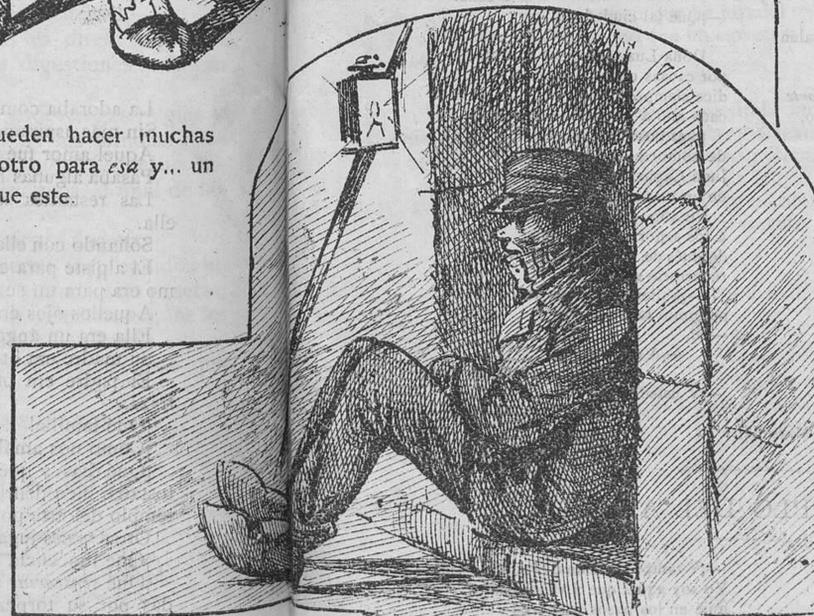
—Con un millón se pueden hacer muchas cosas: un hotel para mí, otro para esa y... un gabán mucho más largo que este.



—¡Justo! al duro le corresponden cien mil reales. Doy la absoluta á mi viejo, pago al tapicero, á la modista y á la lavandera... y casi me sobra dinero todavía.



—Por ese real me puen dar cinco mil. Un abono pa los noviyo y toos los días dos manos de *La Correspondencia* ¡Pa darlo en los morros al Manitas!



—Carenta reales pa un colchón... y lo de más vino.



—Si yo me encontrara un décimo, y cayera, pongo por caso, primeramente me cortarían el pelo y me compraría una buena capa de doce duros; y segundamente... ¡No eran *bristechs*!



—Papá me ha dicho que le pida lo que quiera si le toca el gordo. ¿Qué le pediré yo? ¡Ah, ya sé! ¡La chiquilla del segundo!

porque no es bueno, en tal caso, poner la mano en el fuego.

Juan, maldiciendo su estrella, la perseguía galán, y pasaba el día Juan rabiando de amor por ella.

¡Todo inútil! porque Luisa, formal, grave y reservada, no cedía una mirada, una seña, una sonrisa.

Y Juan sentía en las venas el fuego impuro que abrasa. (¡Lo mismo que á mí me pasa con muchísimas morenas!)

Mas Dios ayuda á los buenos, y el muchacho escribió un día una carta en que decía sobre poco más ó menos:

«Loco me vuelve el amor, y así no puedo vivir. Es preciso concluir; concluyamos ¡por favor! Aunque tu desdén me abrume, ansiosa el alma persigue el bálsamo que mitigue la pasión que me consume. Ciego te adoro, y espero que me pagues: ¡Es preciso! Te aguardo en el *paraíso*, en el banco del romero.»

¿Hizo Luisa el disparate de ir al banco al otro día? ¡No sé; pero ella tenía la cara como un tomate.

SINESIO DELGADO.

EPIGRAMAS

Mi pena amante escuchó y á remediarla accedió Remedios, tras mil asedios; pero mal me remedió, pues luego fué cuando yo necesité más remedios.

Por un decreto de Estado caballero te han nombrado. ¿Según eso, buen Severo, antes no eras caballero? ¡Me lo había figurado!

De un sacristán los amores aceptó gustosa Elvira; desde entonces gasta un lujo que á las gentes maravilla. Y no falta quien pregunta: —¿De dónde saldrán las misas?—

Pero la cosa es bien clara: salen... de la sacristía.

Le pregunté á cierto enfermo: —¿Visitará usted Alhama?— y él respondió distraído: —Me gusta más la criada.

Dánme un cigarro, lo agarro; luego pido una cerilla; fumo después el cigarro y me guardo la colilla. ¡Y aun dicen que despilfarro!

A Luisa uno preguntó: —¿Es usted Pura Moltó?— Y ella, que no se reporta, dijo: —¿Y á usted qué le importa que yo sea Pura ó no?

LIBORIO PORSET.

PRESENTO Á USTEDES...

Esta tarde, yendo yo camino de Recoletos invadido por enorme oleada de prosa, tropecé con un poeta. Este poeta, de aspecto enfermizo, tal como le gastaban los vates antiguos, iba tranquilamente aforrado en un gabán *yankee*. Algunos transeuntes de esta cursilona villa, en donde la prehistórica capa tiene todas las insolencias de Cánovas, deteníanse á inspeccionar despreciativamente, por entre sus embozos húmedos de las destilaciones de la nariz y de la boca, aquel gabán que, pasando de las corvas de su dueño, resultaba extraordinario... en la corte de España.

Ya se iba formando un poco de corro. Yo me detuve. Creí que los embozados vecinos de Madrid se preparaban á oír de algún guitarrista mendigo tal cual tango de *La Gran Vía*... Entonces descubrí al poeta. Y me encaré con el público: —¡Pues, hombre, ni que hubiera caído el Ministerio!

Tuve un grave disgusto con la multitud... Pero me repuse.

Y dirigiéndome al poeta:

—¡Querido amigo Durante!

Y le dí un fuerte abrazo ante aquellas buenas gentes, que se admiraban de que hubiera quien se atreviese á estrechar un gabán semejante.

*
*
*

La penúltima vez que ví yo á este joven pálido y taciturno, con ojos redondos, de mirar asombrado, que se asemejan algo á los de un mochuelo que tengo en casa, y de exterior perfectamente romántico, fué allá en la Habana. Se embarcaba en el buque trasatlántico del mismo nombre, mientras yo debía quedarme en tierra esperando al *Oaxaca*—cómo me desesperé, Dios mío!—Amigos y admiradores del poeta le seguían en pequeñas embarcaciones gritando: —¡Viva Panchito!

La verdad, me cargó un poco aquella ovación (yo soy muy envidioso) y protestara de ella á no hallarme muy ocupado en coger, sin permiso del mayordomo, unas magníficas manzanas que había en la mesa del vapor. Si el diestro Mazzantini hubiera sabido de la ovación que obtuvo Durante, de fijo que no subraya en su telegrama que salieron á recibirle unos vaporcitos...

*
*
*

Como suele suceder á los de su clase, Durante fué en su adolescencia un mártir terrible. Inmerecidos reveses de fortuna obli-

gáronle á dedicarse al comercio en aquella factoría que se llama isla de Cuba. Sentirse poeta en la tierra americana, en aquella especie de exaltación de la vida en infinitos seres (como ha dicho Castelar), bajo los palmares y cocoteros de Cuba, y tener por fuerza que vivir agarrado á las tablas de la aritmética para salvarse del naufragio del hambre, ha de ser cosa fuerte, mejor para el mérito de Durante, el cual, así reducía un quebrado como entonaba una endecha. Ello fué que, si no salió del almacén con un puñado de onzas, salió en cambio como un libro de poesías de bonito corte becqueriano, melodiosas, tiernas y sentidas, que fueron muy admiradas. Después entró de lleno en el periodismo, formando parte de la redacción de un periódico que dirigía el simpático Lecuona. Más tarde se fué á la Habana y compartió con Nicolás Rivero los azares de la ruda campaña del *Pensamiento Español*. Y, en fin, cuando ya gozaba fama de cronista, y los bodegueros le daban palmaditas en el hombro, y el jefe de los bomberos de Cienfuegos nos obsequiaba con un simulacro de incendio, haciendo salir á escape caballos y bombas que atemorizaron á los pacíficos habitantes de la villa... entonces, Francisco Durante adquirió un gabán *yankee*, para no constiparse en Madrid, y llegó á la corte con un maletín de artículos y poesías.

Yo revisaba todo eso á la luz de un mal quinqué en la calle de Jardines.—Allí tiene su domicilio el poeta, sin duda por lo poético del nombre, ¡jardines!—Tal poesía me parecía de perlas; tal obra de flores; bonita acuarela ese artículo, amigo Durante, muy bonita; ingenioso aquel otro, mucho que sí; y todo, en conjunto, una nube azul, de verano, desgranando sus gotas al calor del sol naciente...

A medida que pasaba yo registro al cargamento de prosa y verso, sentía tristeza por Durante. Viene á vivir con las musas... ¡Cuánto más no gozaría poniendo cuarto á una modista, ó á dos, ó á media docena de modistas!... eso decía yo, hablando conmigo mismo.

Y luego, en voz alta:

—Todo eso está muy bien, amigo Durante; y, aunque yo no soy quién, me propongo presentarle á los lectores del MADRID CÓMICO.—¡Presento á ustedes!...

Pero, ante todo, póngase V. en condiciones de codearse con este público. Beba V. mucho y bueno de lo tinto, puesto que está V. paliducho, y compre V. una capa. Eso, eso sobre todo: ¡mire V. que sin capa, le van á formar corro en la corte de España!...

LUIS BONAFoux.

HISTÓRICO

Es costumbre inveterada que, casi todos los años, salgan los ricos á baños durante una temporada; pero, por imitación, hay muchos que también salen para que algunos propalen que son ricos, y no son. Hay también gente de *porte* que, aunque no tiene dinero, dice que va al extranjero... y no sale de la corte.

A este género de gente pertenece doña Luz, esposa de Juan Capuz, que es empleado suplente.

Así que llega el estío, ella y su querido esposo se marchan á Tomelloso á tomar baños... de río.

Acabada la estación de baños, sale á visitas, donde le hacen preguntitas que suelen ser de cajón:

—¿Dónde estuvo usted?

—En Marsella.

—¿Hubo mucha gente?

—Mucha.

—¿Qué baños tomó usted?

—Ducha.

—¿Qué tal ciudad es?

—Muy bella.—

Doña Luz, que tiene instinto, por causas que ella sabrá, dice siempre que se va cada año á un punto distinto, pues posee un repertorio de nombres, que su marido Juan Capuz, ha recogido de un mapa de su escritorio.

Un año, en que visitó á los señores de Prado—después de que el ya citado repertorio se acabó—

—¿Salieron ustedes dos?— preguntó la de Capuz.

—Sí.

—¿A dónde?

—A San Juan de Luz.

—¿Y usted?

—A San Juan de Dios.

JUAN UBAGO.

EL SOPLO DEL ANGEL

Un Capitán general pasó revista á un ejército, y como viese en las filas á un canoso subalterno, le llamó aparte y le dijo: —Yo tengo un vago recuerdo de ti; creo conocerte.

—Y tanto!—exclamó el sujeto.—

Yo soy aquel que á vucencia guí en los pasos primeros de la milicia; ya entonces estaba yo de sargento, cuando á vucencia cadete de mi batallón le hicieron.

—¿Y llevas cuarenta años en tan inferior empleo?
—Ya lo veis, mi General, así sigo y no me quejo porque es el soplo del ángel.
—¿El soplo? Explicame eso.
—Todos al venir al mundo ya nuestro sino traemos, y es el encargado un ángel de darnos el soplo luego. Y así soplando nos dice apenas el mundo vemos: «Tú *Arzobispo*; tú *tenor*; tú *sacristán*; tú *torero*; tú *pobre*; tú *millonario*; y tú *abogado*; y tú *médico*.»
General á vos os dijo,
y á mí me dijo *sargento*.

Así, pues, toda mi vida he de pasar sin ascenso.

Despidióse el General de aquel militar tan viejo, y escribió al punto al Ministro pidiéndole un nombramiento de oficial para el pobrete; y puso tan gran empeño, que en menos de una semana, el oficio le trajeron. Entonces mandó llamarle, y un soldado dijo: «Ha muerto hoy mismo en el hospital diciendo á sus compañeros, que siempre el soplo del ángel le dijo al nacer: *sargento!*»

JUAN RÍO DE ZAPA.



Sr. D. Emilio Bobadilla. Habana.—Recibido su libro *Reflejos de Fray Candil*, que me ha probado que hay por ahí excelentes escritores, cosa que aquí se ignora desgraciadamente. He leído con mucho placer esa colección de artículos en una sola noche. Es V. un buen crítico y un estilista notable. Por favor no se olvide de mandarme sus otros libros. Siempre apetece uno lo bueno.

V choque V.

D. Enrique Arregui, contador del Teatro de Variedades, en nombre de la empresa de dicho teatro nos ha dirigido una atenta carta participándonos que la negativa de billetes ha sido independiente de su voluntad. Así, pues, rectifico el suelto del número anterior y quedan hechas las paces.

Sublata causa tollitur efectulla. O, en romance, no hay nada de lo dicho.

Me has engañado, traidora, como todas las mujeres; me juraste amor, y ahora resulta que no me quieres. ¿Que no comprendes mi enfado si he jurado y no te quiero? ¡Ya lo creo que he jurado! ¡Lo mismo que un carretero!

Progresos y extravagancias se titula una preciosa colección de artículos debidos á la correcta y elegante pluma de nuestro amigo y colaborador D. M. Ossorio y Bernard.

La castiza prosa, la delicadeza de conceptos y la gracia culta que caracterizan á este distinguido escritor no podían faltar en su último libro. Y no faltan, efectivamente.

Don Gil, allá en el Brasil, adquirió una gran fortuna, y no cabe duda alguna que don Gil es muy cerril. ¿Cómo explicar el suceso de que llegue á ser tan rico un hombre que es tan borrico? —Precisamente por eso.

De *La Correspondencia*:

«Se necesita una criada para todo. No hay señora.»
¡Clarol! No habiendo señora...

Nunca, niña, olvidaré el día que, en ansia loca, bebí la muerte en tu boca y en la boca te besé.

Sólo me affige un pesar que hace triste mi partida, y es no tener otra vida para volverte á besar.

FRANCISCO DE P. SALVI.

En un examen:

—¿A qué familia pertenece el eucaliptus?

—A una familia pobre, pero honrada.

—¿Y el romero?

—A la familia feliz, ó sea á la del ex-pollo antequerano.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. M. M.—Zaragoza.—El 140.

Sres. D. P. P.—Zaragoza.—*Cascarilla*.—C. R.—Orense.—Incorrectas las tres, sobre todo la última, que no tiene asomo de versificación.

Sr. D. R. F.—Segovia.—¡Hombre! ¿prosa extravagante? *Imposible*.

Chinga pinga.—Pura guindilla.

Panchiño.—No; se me figura que no tiene V. condiciones. ¿Que por qué? Porque en la primera prueba no le han salido á V. versos.

Un quidam.—Gastadísimo y... medianamente hecho.

Sr. D. M. D.—Zaragoza.—Casi todos esos cuentos se han puesto ya en coplas. Mil gracias por todo. No hay modo de arreglar los correos. Crea usted lo del turno.

Sr. D. P. A.—Madrid.—Se equivoca V. El público de Madrid, como el de todas partes, podrá ser injusto, pero siempre hay alguna causa para que lo sea. El poeta á que V. alude es de primer orden, pero hay obras magníficas que no son teatrales, y viceversa. No puedo extenderme más, y lo siento. Deseche V. la idea de rivalidades de región que no existen, y con el país de V. menos. ¡Ah! Conste que no conozco la obra en cuestión. Hablo en general.

Sr. D. M. R.—Lérida.—Zúñiga envía á V. una tarea de gracias por su libra de chocolate y dice que, después de Dios, es V. el primer fabricante del mundo.

Perulero.—Bastante mala. Y el verbo oír se escribe sin h.

Sr. D. L. del V.—Madrid.—De aquí á dos ó tres números.

Notos cordobeses.—¿De veras no lo saben VV.? ¡Qué desgracia!

El premio gordo.—Deseo el pseudónimo, pero son impublicables los versos.

Sensible.—¡Por Dios! ¡Que ya no hay quien haga ovillejos!

Sr. D. M. G.—Madrid.—Miramos todas las composiciones como nuestras. Si en ellas se hace alguna alteración, es en la creencia de que ganan. Créalo V.

El poeta de Rioseco.—¡Ni poeta, ni casi de Rioseco!

Pepe.—Sevilla.—¡No está V. mal pedazo de adoquín!

Un académico.—San Sebastián.—Versos como los que hace todo el mundo aunque no sepa.

Purita.—Como peteneras bueno, pero como literatura...

Ch. G.—Eso lo he leído en alguna parte, y seña vulgar aunque no lo hubiera leído.

Sr. D. E. H.—Barcelona.—Malillo es, en verdad.

Villa... etc.—Reinosa.—Son bastante defectuosas ambas, y el pensamiento gastadísimo.

Srta. D. C. G.—Madrid.—¡Eh, que me parece que eso no es de V.!

Pellejita.—Madrid.—¡Bien, hombre! Cada verso tiene su medida particular. ¡Eso es un pacto sinalagmático!

Un curioso bibliófilo.—¡Sí, pues vaya unas curiosidades!

Memo.—Lea V. cualquier décima buena y verá como están mal aconsonantadas las suyas. Aparte de las asonancias.

Sr. D. R. A.—Alcaraz.—Hace V. buenos versos. Cuide un poco los asuntos.

Arenal.—Sevilla.—Imbecilidad se llama esa figura.

Morrocotudo.—Cádiz.—Bueno, ¿y qué?

Mamerto.—Zaragoza.—Pinta V. deliciosamente. Y tiene V. mucha gracia.

Sres. *Carabalí, Sapote, Paquita, Chaqueta, Cucuyo, Mandinga, y Loco de atar*.—Perdonen VV. No sirven; nos falta espacio para detallar.

Sres. *Angelini, Mambis, S. R. H., Juan Lanás, Insurrecto y Guanajo*.—Perdonen VV. también, pero todo eso es rematadamente malo. Ni versos siquiera.

MADRID, 1886.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa. Libertad, 16 duplicado, bajo

EL CANTE



Maresita mía...

aa... aa... aa... aa... aa... ¡Pel

Maresita mía...

au... auu... auu... auu... auu...

(Se continuara.)

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cervantes, 2, segundo

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Teléfono núm. 620

COMPañÍA COLONIAL
 PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
 CHOCOLATES
 ACREDITADOS CAFÉS
 26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
 Y PARA SU DIRECTOR
 LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
 EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878
 TES.—TAPIOCA.—SAGU
 BOMBONES FINOS DE PARIS
 Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
 Sucursal..... Montera, 8
 Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un álbum elegante, que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el álbum, se venderá á los precios siguientes:

- Sin encuadernar..... 20 pesetas
- Encuadernado en tela..... 25
- Cartulinas sueltas (cada una)... 0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A libreros y corresponsales se hace el descuento del 30 por ciento; condecir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.